

EL LIBRO, INSTRUMENTO
ESPIRITUAL Y OTRAS PROSAS

Stéphane Mallarmé

Tres textos traducidos by Andrés
Ajens

Edición electrónica de
www.philosophia.cl / Escuela de
Filosofía Universidad ARICS

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| EL LIBRO, INSTRUMENTO ESPIRITUAL | 3 |
| LE LIVRE, INSTRUMENT SPIRITUEL | 6 |
| ACOTADA, LA ACCIÓN..... | 9 |
| L'ACTION RESTREINTE | 12 |
| CRISIS DE VERSO..... | 15 |
| CRISE DE VERS | 21 |

EL LIBRO, INSTRUMENTO ESPIRITUAL

Una proposición que emana de mí, tan, y tan diversamente, citada en elogio mío o tal reprobación — la reivindico con aquellas que se agolparán aquí — , exige en suma que todo, en el mundo, exista para desembocar en un libro.

Las cualidades, requeridas en esta obra, ciertamente el genio, me espantan a uno entre los más carentes: a no detenerse ahí, y, aceptado el volumen, no conllevar ningún signatario, ¿cuál? : el himno, armonía y gozo, como conjunto puro agrupado en alguna circunstancia fulgurante, de las relaciones entre todo. El hombre a cargo de ver divinamente, dado que el nexo, a libre voluntad, límpido, carece de expresión salvo por el paralelismo, ante su mirada, de hojas.

En un banco de un parque, donde tal nueva publicación, me alegro si el aire, al pasar, entreabre y, por azar, anima, de aspectos, el exterior del libro: varios — acerca de lo cual, mientras el cateo despunta, nadie, tras leerlo, tal vez haya pensado. Ocasión de hacerlo, cuando, libre, el diario predomina, el mío, incluso, que yo descartaba, se echa a volar en la intermediación de rosas, celoso por cubrirles su ardiente y orgulloso conciliábulo: desplegado entre lo masivo, dejaríalo, también las palabras flores a su mutismo y, técnicamente, propone, calar cómo ese jirón difiere del libro, él, supremo. Un periódico, diario, sigue siendo el punto de partida; la literatura se alija a sus anchas.

Ah Or a Bien —

El pliegue es, con respecto a la hoja grande impresa, un índice, casi religioso, que no asombra tanto como su compresión, en espesor, ofreciendo la minúscula tumba, de cierto, del alma.

Todo lo que halló la imprenta se resume, bajo el nombre de Prensa, hasta aquí, elementalmente en el diario: la hoja incluso, en tanto ha recibido una impresión, mostrando, al primerísimo grado, bruto, el vertimiento de un texto. Este uso, inmediato o anterior a la producción como tal, ofrece, por cierto, comodidades al escritor, galeras juntas de punta a cabo, pruebas, que potencian la improvisación. Así, estrictamente hablando, un “diario”, antes que a una visión, poco a poco, ¿pero, de quién?, parézcase a un sentido, en la disposición, incluso con gracia, de feria popular, diría. Continúad — el tope o titular de entrada, liberación, superior, a través de mil obstáculos, alcanza hasta el desinterés y, de la situación, precipita y reprime, como por medio de un fuego eléctrico, lejos, después de los artículos que enseguida emergen, la original servidumbre, el económico anuncio, en la cuarta página, entre una incoherencia de gritos inarticulados. Espectáculo,

evidentemente, moral — que le falta, con el éxito, al diario, para anular al libro, pese a que, aún visiblemente, de abajo o, más bien, en la base, lo mantiene unido una paginación, por el folletín, ordenando la generalidad de las columnas: nada, o casi — si el libro tarda tal cual es, un vertedero, indiferente, donde el otro se vacía.... Hasta al formato, ocioso, y vanamente, concurre esta extraordinaria, como un vuelo recogido listo para ampliarse, intervención del pliegue o el ritmo, inicial causa que una hoja cerrada, contiene un secreto, el silencio persiste ahí, precioso, y signos evocadores se suceden, el espíritu por entero literalmente abolido.

Sí, sin el doblez del papel y las partes bajas que éste instala, la sombra esparcida de negros caracteres, no presentaría una razón de expandirse como un quiebre de misterio, en la superficie, en la separación resuelta por el dedo.

Diario, la hoja expuesta, llena, toma de la impresión un resultado indebido, de simple maculatura: nadie duda que patente y ordinaria ventaja sea, a vista de todos, la multiplicación del ejemplar, el que yace en el tiraje. Un milagro tal predomina sobre este aporte, en el sentido elevado en que las palabras, originalmente, se reducen al uso, dotado de infinitud hasta consagrar a una lengua, de veinte letras casi — su llegar a ser, todo allí entra para tan pronto emanar, principio — aproximando a un rito la composición tipográfica.

El libro, expansión total de la letra, ha de extraer de ella, directamente, una movilidad y, espacioso, por correspondencias, instituir un juego, insabido, que confirme la ficción.

Nada fortuito, ahí, donde un azar parece captar la idea, el aparato es el mismo: no juzgar, por tanto, estos planteamientos — industriales o concerniendo una materialidad — : la fabricación del libro, en el conjunto que se expandirá, comienza, ya en una frase. Inmemorialmente el poeta en el lugar de tales versos, en el soneto que se inscribe para el espíritu o en espacio puro. A mi vez, desconozco el volumen y una maravilla que intima su estructura si no puedo, conscientemente, imaginar tal motivo en vistas a un lugar especial, página, y la altura, en la orientación de luz suya o en lo que atañe a la obra. Más el ir y venir sucesivo incesante de la mirada, una línea acabada, a la siguiente, para recomenzar, tal práctica no representa la delicia, habiendo inmortalmente, rota, una hora, con todo, para traducir su quimera. De otro modo o salvo ejecución, como fragmentos sobre el teclado, activa, medida por las cuartillas — ¿que no se cierran los ojos para soñar? Esta presunción ni servidumbre fastidiosa sino la iniciativa, cuyo relámpago ocurre en casa de cualquiera, acorda la fragmentada notación.

Un solitario tácito concierto se da, por la lectura, en el espíritu que retoma, desde una sonoridad menor, la significación : no habiendo ningún medio mental exaltando la sinfonía, no faltará, rarificada y es todo — por cuenta del pensamiento.

La Poesía, cercana a la idea, es Música, por excelencia — no consiente inferioridad.

He aquí, para el caso real, que por mi parte, con respecto a los folletos a leer según el uso corriente, alzo, con todo, un cuchillo, como el cocinero degollador de aves.

El repliegue virgen del libro, aún, se presta para un sacrificio, del cual emanó la franja roja de los tomos antiguos — la introducción de un arma, o cortapapel, para establecer la toma de posesión. Cuán personal antes, la consciencia, sin ese simulacro bárbaro: cuando ella tome parte, en el libro cogido aquí, allá, en variados aires, adivinado como un enigma — casi rehecho por sí. Los pliegues perpetuarán una marca, intacta, invitando a abrir, cerrar la hoja, según el maestro. Tan ciego y poco procedimental, el atentado que se consume, en la destrucción de una frágil inviolabilidad. La simpatía iría al periódico situado al abrigo de tal tratamiento: su influencia, con todo, es irritante, pues impone al organismo, complejo, requerido por la literatura, al divino libro, una monotonía — siempre la insoportable columna que uno se contenta en distribuir, en dimensiones de página, una y mil veces.

Empero...

- Oigo, ¿puede dejar de ser así? Y voy, por una escapada porque la obra, única o preferentemente, ejemplo debe, satisfacer al detalle de la curiosidad. ¿Por qué — un arrojito de grandeza, de pensamiento o de emoción, considerable, frase perseguida, en mayúscula, una línea por página en emplazamiento graduado — no mantendría al lector en suspenso, la duración del libro, durante el libro, con apelación a su poder de entusiasmo: en torno, menudos, grupos, secundariamente según su importancia, explicativos o derivados — estampados preciosos.

Afectación, de sorprender por el enunciado, lejano, la curiosera; lo acepto, si más de uno, que cultivo, no adviertiera, con el instinto venido de allende, que les hizo disponer sus escritos de manera inusual, decorativamente, entre la frase y el verso, ciertos trazos similares a éste; ahora bien, quiéreselo aislado, sea, por el renombre de clarividencia reclamado por la época, donde todo parece. Uno divulga su intuición, teóricamente y, tal vez, al vacío, como data: él sabe, tales sugerencias, que atañen al arte literario, han de librarse firmemente. La duda, sin embargo, de descubrir bruscamente lo que no es todavía, teje, por pudor, con la sorpresa general, un velo.

Atribuyamos a las ensoñaciones, antes de la lectura, en terreno abierto, la atención que solicita alguna mariposa blanca, a la vez por todas partes, y ninguna, desvaneciéndose — no sin que una nonada de agudeza y de ingenio, en que acoté el sujeto, recién pasara y repasara, con insistencia, ante el asombro.

LE LIVRE, INSTRUMENT SPIRITUEL

Une proposition qui émane de moi - si, diversement, citée à mon éloge ou par blâme - je la revendique avec celles qui se presseront ici - sommaire veut, que tout, au monde, existe pour aboutir à un livre.

Les qualités, requises en cet ouvrage, à coup sûr le génie, m'épouvantent un parmi les dénués : ne s'y arrêter et, admis le volume ne comporter aucun signataire, quel est-il : l'hymne, harmonie et joie, comme pur ensemble groupé dans quelque circonstance fulgurante, des relations entre tout. L'homme chargé de voir divinement, en raison que le lien, à volonté, limpide, n'a d'expression qu'au parallélisme, devant son regard, de feuillets.

Sur un banc de jardin, où telle publication neuve, je me réjouis si l'air, en passant, entr'ouvre et, au hasard, anime, d'aspects, l'extérieur du livre : plusieurs - à quoi, tant l'aperçu jaillit, personne depuis qu'on lut, peut-être n'a pensé. Occasion de le faire, quand, libéré, le journal domine, le mien, même, que j'écartai, s'envole près de roses, jaloux de couvrir leur ardent et orgueilleux conciliabule : développé parmi le massif, je le laisserai, aussi les paroles fleurs à leur mutisme et, techniquement, propose de noter comment ce lambeau diffère du livre, lui suprême. Un journal reste le point de départ ; la littérature s'y décharge à souhait.

Or -

Le pliage est, vis-à-vis de la feuille imprimée grande, un indice, quasi religieux : qui ne frappe pas autant que son tassement, en épaisseur, offrant le minuscule tombeau, certes, de l'âme.

Tout ce que trouva l'imprimerie se résume, sous le nom de Presse, jusqu'ici, élémentairement dans le journal : la feuille à même, comme elle a reçu empreinte, montrant, au premier degré, brut, la coulée d'un texte. Cet emploi, immédiat ou antérieur à la production close, certes, apporte des commodités à l'écrivain, placards joints bout à bout, épreuves, qui rendent l'improvisation. Ainsi, strictement, un « quotidien » avant qu'à la vision, peu à peu, mais de qui ? paraisse un sens, dans l'ordonnance, voire un charme, je dirai de féerie populaire. Suivez - le faite ou premier-Paris, dégagement, supérieur, à travers mille obstacles, atteint au désintéressement et, de la situation, précipite et refoule, comme par un feu électrique, loin, après les articles émergés à sa suite, la servitude originelle, l'annonce, en quatrième page, entre une incohérence de cris inarticulés. Spectacle, certainement, moral - que manque-t-il, avec l'exploit, au journal, pour effacer le livre : quoique, visiblement encore, d'en bas ou, plutôt, à la base, l'y rattache une pagination, par le feuilleton, commandant la généralité des colonnes : rien, ou presque - si le livre tarde tel qu'il est, un déversoir, indifférent, où se vide l'autre... Jusqu'au format,

oiseux : et vainement, concourt cette extraordinaire, comme un vol recueilli mais prêt à s'élargir, intervention du pliage ou le rythme, initiale cause qu'une feuille fermée, contienne un secret, le silence y demeure, précieux et des signes évocatoires succèdent, l'esprit à tout littérairement aboli.

Oui, sans le redéploiement du papier et les dessous qu'il installe, l'ombre épars en noirs caractères, ne présenterait une raison de se répandre comme un bris de mystère, à la surface, dans l'écartement levé par le doigt.

Journal, la feuille étalée, pleine, emprunte à l'impression un résultat indu, de simple maculature : nul doute que l'éclatant et vulgaire avantage soit, au vu de tous, la multiplication de l'exemplaire et, gise dans le tirage. Un miracle prime ce bienfait, au sens haut ou les mots, originellement, se réduisent à l'emploi, doué d'infinité jusqu'à sacrer une langue, des quelque vingt lettres - leur devenir, tout y rentre pour tantôt sourdre, principe - approchant d'un rite la composition typographique.

Le livre, expansion totale de la lettre, doit d'elle tirer, directement, une mobilité et spacieux, par correspondances, instituer un jeu, on ne sait, qui confirme la fiction.

Rien de fortuit, là, où semble un hasard capter l'idée, l'appareil est l'égal : ne juger, en conséquence, ces propos - industriels ou ayant trait à une matérialité : la fabrication du livre, en l'ensemble qui s'épanouira, commence, dès une phrase. Immémorialement le poète sur la place de ce vers, dans le sonnet qui s'inscrit pour l'esprit ou sur espace pur. A mon tour, je méconnais le volume et une merveille qu'intime sa structure, si je ne puis, sciemment, imaginer tel motif en vue d'un endroit spécial, page et la hauteur, à l'orientation de jour la sienne ou quant à l'oeuvre. Plus le va-et-vient successif incessant du regard, une ligne finie, à la suivante, pour recommencer : pareille pratique ne représente le délice, ayant immortellement, rompu, une heure, avec tout, de traduire sa chimère. Autrement ou sauf exécution, comme de morceaux sur un clavier, active, mesurée par les feuillets - que ne ferme-t-on les yeux à rêver ? Cette présomption ni asservissement fastidieux : mais l'initiative, dont l'éclair est chez quiconque, raccorde la notation fragmentée.

Un solitaire tacite concert se donne, par la lecture, à l'esprit qui regagne, sur une sonorité moindre, la signification : aucun moyen mental exaltant la symphonie, ne manquera, raréfié et c'est tout - du fait de la pensée.

La Poésie, proche l'idée, est Musique, par excellence - ne consent pas d'infériorité.

Voici, dans le cas réel, que pour ma part, cependant, au sujet de brochures à lire d'après l'usage courant, je brandis un couteau, comme le cuisinier égorgé de volailles.

Le repliement vierge du livre, encore, prête à un sacrifice dont saigna la tranche rouge des anciens tomes ; l'introduction d'une arme, ou coupe-papier, pour établir la prise de possession. Combien personnelle plus avant, la conscience, sans ce simulacre barbare : quand elle se fera participation, au livre pris d'ici, de là, varié en airs, deviné comme une énigme - presque refait par soi. Les plis perpétueront une marque, intacte, conviant à ouvrir, fermer la feuille, selon le maître. Si aveugle et peu un procédé, l'attentat qui se consomme, dans la destruction d'une frêle inviolabilité. La sympathie irait au journal placé à l'abri de ce traitement : son influence, néanmoins, est fâcheuse, imposant à l'organisme, complexe, requis par la littérature, au divin bouquin, une monotonie - toujours l'insupportable colonne qu'on s'y contente de distribuer, en dimensions de page, cent et cent fois.

Mais...

-J'entends, peut-il cesser d'en être ainsi ; et vais, dans une échappée, car l'oeuvre, seule ou préférablement, doit exemple, satisfaire au détail de la curiosité. Pourquoi - un jet de grandeur, de pensée ou d'émoi, considérable, phrase poursuivie, en gros caractère, une ligne par page à emplacement gradué, ne maintiendrait-il le lecteur en haleine, la durée du livre, avec appel à sa puissance d'enthousiasme : autour, menus, des groupes, secondairement d'après leur importance, explicatifs ou dérivés - un semis de fioritures.

Affectation, de surprendre par énoncé, lointain, la badauderie ; j'acquiesce, si plusieurs, que je cultive, ne remarquent, en l'instinct venu d'autre part qui les fit disposer leurs écrits de façon inusitée, décorativement, entre la phrase et le vers, certains traits pareils à ceci, or, le veut-on isolé, soit, pour le renom de clairvoyance réclamé de l'époque, où tout paraît. Un divulgue son intuition, théoriquement et, peut-être bien, a vide, comme date : il sait, de telles suggestions, qui atteignent l'art littéraire, ont à se livrer ferme. L'hésitation, pourtant, de tout découvrir brusquement ce qui n'est pas encore, tisse, par pudeur, avec la surprise générale, un voile.

Attribuons à des songes, avant la lecture, dans un parterre, l'attention que sollicite quelque papillon blanc, celui-ci à la fois partout, nulle part, il s'évanouit ; pas sans qu'un rien d'aigu et d'ingénu, où je réduisis le sujet, tout à l'heure ait passé et repassé, avec insistance, devant l'étonnement.

ACOTADA, LA ACCIÓN¹

Varias veces vino mi culpa, uno, el mismo, ese otro, a confiarme su deseo de actuar, de intervenir: ¿a qué apuntaba? — como la diligencia a mi solar anunciaba de su parte, también, para él joven, la ocupación de crear, suprema parece, y triunfar con palabras, insisto: ¿qué, expresamente, pre(en)tendía?

Soltar la mano, los puños, tal ruptura del sedentario sueño, para un coscacheante cara cara con la idea, así como ganas dan o moverse, mudar: pero la generación huele poco agitada, aparte del consabido desinterés político, con la inquietud por extravagar, del cuerpo. Excepto la monotonía, de cierto, de enrollar, entre las irregularidades, en el suelo, conforme al instrumento ocasional, la ficción de un resplandeciente riel continuo.

Actuar, sin aquesto y para quien recién comienza el ejercicio de fumar, significó, visitante, te entiendo, filosóficamente, producir en muchos un movimiento que te dé, de vuelta, la emoción de la que fuistes principio, por lo tanto existes: de lo cual nadie se cree, anticipadamente, asegurado. Esta práctica comprende dos modos; o, por una voluntad, de entrada, que dura una vida, hasta el destello múltiple — pensar, eso: sino, los vertederos al alcance ahora en una precavida previsión, periódicos y su torbellino, determinar ahí una fuerza en un sentido, cualquiera, diversa y contrariada, con la inmunidad del resultado nulo.

A guisa, según la disposición, plenitud, apuro.

Tu acto se implica siempre en el papel, pues, meditar, sin huellas, se vuelve evanescente — ni que se exalte el instinto en algún gesto vehemente y perdido que buscaras.

Escribir —

El tintero, cristal como conciencia, con su gota, al fondo, de tinieblas, remitida a que algo sea: luego, aparta la lámpara.

Lo pispaste, no se escribe, luminosamente, en terreno oscuro, el alfabeto de los astros, únicamente, así se indica, esbozado o interrumpido; el hombre persigue en lo blanco, tal cual, lo negro.

Este pliegue de sombrío encaje, que retiene lo infinito, tejido por miles, cada uno según el hilo o prolongación, su ignorado secreto, reúne trazos distantes donde duerme un lujo a inventariar, estriga, nudo, fojas, y a presentar.

Con, de misterio, la nada, indispensable, que un triz, expuesta, dura.

¹ *L'action restreinte*, in *Quant au Livre (Variations sur un sujet)*, a partir de los textos establecidos en: Stéphane Mallarmé, *Oeuvres complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París, 1984.

No sé si el Huésped perpicazmente circunscribe su ámbito laborante: me placera subrayarlo, ciertas condiciones también. El derecho a no realizar nada excepcional o faltante, en actuaciones rascas, se paga, *anca* quiéense, con su omisión y, diríase, con su muerte como tal. Éxitos, los acomete en sueños, para no importunar a nadie; con todo, el programa permanece publicado para quienes no han cura.

El escritor, de sus males, dragones que ha mimado, o de un contentamiento, ha de instituirse tal, en el texto, espiritual histrión.

Piso, lustre, obnubilación de los tejidos y licuefacción de los espejos, en el orden real, hasta los excesivos brincos de nuestra forma temperada en torno a una detención, de pie, de la estatura viril, un Lugar se presenta, escena, realzamiento ante todos del espectáculo de Sí; ahí, por los intermediarios de la luz, de la carne y de las risas, el sacrificio que allí hace, acerca de su personalidad, el inspirador, descenlace completo o se, en una resurrección extraña, acabó nomás aquél: de quien el verbo repercutido y vano en lo sucesivo se exhala por la chimenea orquestal.

Una sala, él se celebra, anónima, en el héroe.

Todo, como maquinación de fiestas; un pueblo da testimonio de su transfiguración en verdad.

Honor.

Buscad, dónde, algo tal —

Se lo reconocerá en esos edificios algo raros que se apartan, por una sobrecarga en lo banal, del alineamiento común, con la pretensión de sintetizar los sucesos ínfimos de un barrio; o, si algún frontón, según el franco gusto adivinatorio, aísla, en una plaza, su espectro, salud, yo le saco el sombrero. Indiferente a lo que, aquí y allá, se despacha a lo largo de las cañerías, la llama de lenguas.

Así la Acción, en el mundo convenido, literario, no transagrede al Teatro; circunscríbese, ahí, en la representación — inmediato desvanecimiento de lo escrito. Acabe, en la calle, o en otra parte, aquello, cae la máscara, no he de andar haciendo de poeta: perjura tu verso, sólo está dotado de un débil poder afuera, tú preferiste alimentar los restos de intrigas al individuo acometidas. Para qué serviría precisarte, sabiéndolo infante, como yo, que sólo guardara noción de ello por una cualidad o un defecto exclusivos de infancia, tal punto: que todo, vehículo o emplazamiento, ofrecida ahora al ideal, es, allí, contrario — casi una especulación, sobre tu pudor, para tu silencio — o defectuoso, paso directo y legítimo en el sentido en que recién un impulso quiso, y viciado. Como nunca un mal basta, aclararé, seguramente, próximas digresiones en cantidad pertinente, esta recíproca contaminación de la obra y de los medios: pero, antes, ¿no conviene expresarse espaciosamente, así como de un cigarro, por juegos circunvalatorios, cuya vaguedad, al muy menos, se trazase en el día eléctrico y crudo?

Un delicado habrá, espero, padecido.

Exteriormente, como el grito de amplitud, el viajero percibe el dolor del silbido. “Sin duda”, se convence, “atrasamos un túnel — *la época* —, este largo y último reptante por entre la ciudad antes de la estación todopoderosa del virginal palacio, que, central, corona”. El *metro* durará, oh impaciente, tu recogimiento para preparar el edificio anverso, alto, o el vaso seco de un robo de la Justicia.

El suicidio o abtención, no hacer nada, ¿por qué? — Única vez en el mundo, pues, siempre por un acontecimiento que explicaré, no hay Presente, no — no existe un presente... Por más que se declare el Gentío, por más — que todo. Mal informado aquel que se proclame su contemporáneo, desertando, usurpando, con igual impudicia, cuando cesó lo pasado y tarda un futuro o que los dos se entremezclan perplejamente en vistas a enmascarar el apartamiento. Fuera de los cotidianos titulares parisinos encargados de divulgar una fe en la nadería cotidiana e inexpertos si el flagelo mide su período en un fragmento, importante o no, de siglo.

Cuídate también, y estar.

La poesía, consagración; que intenta, en castas crisis aisladamente, durante la otra gestación en curso.

Publica.

El Libro, donde habita el espíritu saciado, en caso de malentendido, obligado por alguna pureza de divertimento a sacudir lo basto del momento. Impersonificado, el volumen, tanto como uno, de él, se separa como autor, no exige finteo de lector. Tal, sabes, entre los accesorios humanos, ha lugar solo: hace, siendo. El sentido oculto se desplaza y dispone, en coro, las hojas.

Lejos el orgullo de prohibir, incluso en lo que al fasto atañe, el instante: constátase que el azar niega los materiales de confrontación a algunos sueños; o, ayuda, una actitud especial.

Tú, Amigo, a quien no hubiera que frustrar *in extenso*, pues paralelo a la sorda labor general, el caso es extraño; te pido, sin juicio alguno, por falta de considerantes repentinos, que trates mi indicación como una locura, no lo prohíbo, rara. Sin embargo, ya la tempera esta sabiduría, o discernimiento, si no fuera mejor — arriesgar en un estado al menos, muy menos, incompleto ambiental, ciertas conclusiones de arte extremas que pueden estallar, diamantinamente, en este tiempo para siempre, en la integridad del Libro — actuarlas, interpretarlas, pero, y por un triunfal vuelco, con la tácita exhortación de que nada, palpitando en el flanco inconsciente del momento, mostrado en las páginas, claro, evidente, la encuentre lista; con tal que no fuera otra, tal vez, donde esto deba iluminar.

L'ACTION RESTREINTE

Plusieurs fois vint un Camarade, le même, cet autre, me confier le besoin d'agir : que visait-il – comme la démarche à mon endroit annonça de sa part, aussi, à lui jeune, l'occupation de créer, qui paraît suprême et réussir avec des mots ; j'insiste, qu'entendait-il expressément ?

Se détendre les poings, en rupture de songe sédentaire, pour un trépidant vis-à-vis avec l'idée, ainsi qu'une envie prend ou bouger : mais la génération semble peu agitée, outre le désintéressement politique, du souci d'extravaguer du corps. Excepté la monotonie, certes, d'enrouler, entre les jarrets, sur la chaussée, selon l'instrument en faveur, la fiction d'un éblouissant rail continu.

Agir, sans ceci et pour qui n'en fait commencer l'exercice à fumer, signifia, visiteur, je te comprends, philosophiquement, produire sur beaucoup un mouvement qui te donne en retour l'émoi que tu en fus le principe, donc existes : dont aucun ne se croit, au préalable, sûr. Cette pratique entend deux façons ; ou, par une volonté, à l'insu, qui dure une vie, jusqu'à l'éclat multiple – penser, cela : sinon, les déversoirs à portée maintenant dans une prévoyance, journaux et leur tourbillon, y déterminer une force en un sens, quelconque de divers contrariée, avec l'immunité du résultat nul.

Au gré, selon la disposition, plénitude, hâte.

Ton acte toujours s'applique à du papier ; car méditer, sans traces, devient évanescent, ni que s'exalte l'instinct en quelque geste véhément et perdu que tu cherchas.

Ecrire –

L'encrier, cristal comme une conscience, avec sa goutte, au fond, de ténèbres relative à ce que quelque chose soit : puis, écarte la lampe.

Tu remarquas, on n'écrit pas, lumineusement, sur champ obscur, l'alphabet des astres, seul, ainsi s'indique, ébauché ou interrompu ; l'homme poursuit noir sur blanc.

Ce pli de sombre dentelle, qui retient l'infini, tissé par mille, chacun selon le fil ou prolongement ignoré son secret, assemble des entrelacs distants où dort un luxe à inventorier, stryge, nœud, feuillages et présenter.

Avec le rien de mystère, indispensable, qui demeure, exprimé, quelque peu.

Je ne sais pas si l'Hôte perspicacement circonscrit son domaine d'effort : ce me plaira de le marquer, aussi certaines conditions. Le droit à rien accomplir d'exceptionnel ou manquant aux agissements vulgaires, se paie, chez quiconque, de l'omission de lui et on dirait de sa mort comme un tel. Exploits, il les commet dans le rêve, pour ne gêner personne ; mais encore, le programme en reste-t-il affiché à ceux qui n'ont cure.

L'écrivain, de ses maux, dragons qu'il a choyés, ou d'une allégresse, doit s'instituer, au texte, le spirituel histrion.

Plancher, lustre, obnubilation des tissus et liquéfaction de miroirs, en l'ordre réel, jusqu'aux bonds excessifs de notre forme gazée autour d'un arrêt, sur pied, de la virile stature, un Lieu se présente, scène, majoration devant tous du spectacle de Soi ; là, en raison des intermédiaires de la lumière, de la chair et des rires le sacrifice qu'y fait, relativement à sa personnalité, l'inspirateur, aboutit complet ou c'est, dans une résurrection étrangère, fini de celui-ci : de qui le verbe répercuté et vain désormais s'exhale par la chimère orchestrale.

Une salle, il se célèbre, anonyme, dans le héros.

Tout, comme fonctionnement de fêtes : un peuple témoigne de sa transfiguration en vérité.

Honneur.

Cherchez, où c'est, quelque chose de pareil –

Le reconnaîtra-t-on dans ces immeubles suspects se détachant, par une surcharge en le banal, du commun alignement, avec prétention à synthétiser les faits divers d'un quartier ; ou, si quelque fronton, d'après le goût divinatoire français, isole, sur une place, son spectre, je salue. Indifférent à ce qui, ici et là, se débite comme le long de tuyaux, la flamme aux langues réduites.

Ainsi l'Action, en le mode convenu, littéraire, ne transgresse pas le Théâtre ; s'y limite, à la représentation – immédiat évanouissement de l'écrit. Finisse, dans la rue, autre part, cela, le masque choit, je n'ai pas à faire au poète : parjure ton vers, il n'est doué que de faible pouvoir dehors, tu préféreras alimenter le reliquat d'intrigues commises à l'individu. A quoi sert de te préciser, enfant le sachant, comme moi, qui n'en conservai notion que par une qualité ou un défaut d'enfance exclusifs, ce point, que tout, véhicule ou placement, maintenant offert à l'idéal, y est contraire – presque une spéculation, sur ta pudeur, pour ton silence – ou défectueux, pas direct et légitime dans le sens que tout à l'heure voulut un élan et vicié. Comme jamais malaise ne suffit, j'éclairerai, assurément, de digressions prochaines en le nombre qu'il faudra, cette réciproque contamination de l'œuvre et des moyens : mais auparavant ne convint-il spacieusement de s'exprimer, ainsi que d'un cigare, par jeux circonvolutaires, dont le vague, à tout le moins, se traçât sur le jour électrique et cru ?

Un délicat a, je l'espère, pâti –

Extérieurement, comme le cri de l'étendue, le voyageur perçoit la détresse du sifflet. « Sans doute » il se convainc : « on traverse un tunnel – l'époque – celui, long le dernier, rampant sous la cité avant la gare toute puissante du virginal palais central, qui couronne ». Le souterrain durera, ô impatient, ton recueillement à préparer l'édifice de haut verre essuyé d'un vol de la Justice.

Le suicide ou abstention, ne rien faire, pourquoi ? – Unique fois au monde, parce qu'en raison d'un événement toujours que j'expliquerai, il n'est pas de Présent, non – un présent n'existe pas... Faute que se déclare la Foule, faute – de tout. Mal informé celui qui se crierait son propre contemporain, désertant, usurpant, avec impudence égale, quand du passé cessa et que tarde un futur ou que les deux se remmêlent perplexement en vue de masquer l'écart. Hors des premier-Paris chargés de divulguer une foi en le quotidien néant et inexperts si le fléau mesure sa période à un fragment, important ou pas, de siècle.

Aussi garde-toi et sois là.

La poésie, sacre ; qui essaie, en de chastes crises isolément, pendant l'autre gestation en train.

Publie.

Le Livre, où vit l'esprit satisfait, en cas de malentendu, un obligé par quelque pureté d'ébat à secouer le gros du moment. Impersonnifié, le volume, autant qu'on s'en sépare comme auteur, ne réclame approche de lecteur. Tel, sache, entre les accessoires humains, il a lieu tout seul : fait, étant. Le sens enseveli se meut et dispose, en chœur, des feuillets.

Loin, la superbe de mettre en interdit, même quant aux fastes, l'instant : on constate qu'un hasard y dénie les matériaux de confrontation à quelques rêves ; ou aide une attitude spéciale.

Toi, Ami, qu'il ne faut frustrer d'années à cause que parallèles au sourd labeur général, le cas est étrange : je te demande, sans jugement, par manque de considérants soudains, que tu traites mon indication comme une folie je ne le défends, rare. Cependant la tempère déjà cette sagesse, ou discernement, s'il ne vaut pas mieux – que de risquer sur un état à tout le moins incomplet environnant, certaines conclusions d'art extrêmes qui peuvent éclater, diamantairement, dans ce temps à jamais, en l'intégrité du Livre – les jouer, mais et par un triomphal renversement, avec l'injonction tacite que rien, palpitant en le flanc inscient de l'heure, aux pages montré, clair, évident, ne la trouve prête ; encore que n'en soit peut-être une autre où ce doive illuminer.

CRISIS DE VERSO

Un momento ha, tal abandono de gesta, con la modorra que provoca el mal tiempo desesperante tarde tras tarde, dejé caer, otra vez, sin curiosidad alguna, dado que pareciera haberlo leído todo hace ya una pila de años, la estrecha franja de multicolores perlas que trasunta la lluvia, aún, en el tornasoleo de las encuadernaduras de la biblioteca. Muchísima obra, bajo el abalorio de la cortina, alinearé su propio centelleo: me gusta, como en el cielo maduro, contra el vidrio, seguir, del temporal, destellos.

Nuestra fase, reciente, si no se clausura toma aliento o, tal vez, conciencia: cierta atención libera la creadora y relativamente segura voluntad.

Incluso la prensa, cuya información anhela los años, se ocupa del asunto, repentinamente, con precisa data.

La literatura enfrenta una exquisita crisis, aquí, fundamental.

Quien le otorga a esta función un lugar, o el primero, reconoce, en ello, el dato actual: asístese a, como final de un siglo, y no como lo fuera en el pasado, trasornos; pero, fuera de la plaza pública, a una inquietud de velo en el templo con significativos pliegues y, algo, a su rasgadura.

Un lector francés, interrumpidos sus hábitos a la muerte de Victor Hugo, no puede sino desconcertarse. Hugo, en su misteriosa tarea, rebajó toda la prosa, filosofía, elocuencia, historia, al verso y, como él era el verso en persona, embargó en quien piensa, discurre o narra, el derecho a pronunciarse, casi. Monumento en tal desierto, con el silencio lejos — en una cripta, así, la divinidad de una mejestuosa idea inconsciente, a saber: que la forma llamada verso es, simplemente, ella misma, la literatura; que verso hay tan pronto se acentúa la dicción, ritmo, desde que hay estilo. El verso, creo, esperó respetuosamente que el gigante que lo identificaba a su mano tenaz y siempre más firme de herrero, faltara; para, él, quebrarse. Toda la lengua, ajustada a la métrica, velando sus pausas vitales, se evade, de acuerdo a una disyunción libre de miríadas de elementos simples; y, lo indicaré, no sin cierta similitud con la multiplicidad de voces de una orquestación, que persiste: verbal.

La varición data, de ahí, si bien, por lo bajo y por anticipado, inopinadamente preparada por Verlaine, tan fluido, de vuelta a primitivos delectos.

Testigo de esta aventura, en la que se me quiso asignar un papel más eficaz, que a nadie conviene, yo dirigía, al menos, mi ferviente interés, y, es tiempo ya de hablar, a distancia preferentemente, tal como ello fuera, anónima, casi.

Concordarán que la poesía francesa, por la primacía encantatoria dada a la rima, en su evolución hasta nosotros se da a calar intermitente: brilla un lapso, lo consume y espera. Extinción, más bien, usura del mostrar la trama, inútil insistencia. La urgencia de poetizar, por oposición a variadas circunstancias, hace, ahora, tras uno de esos orgiásticos excesos periódicos de casi un siglo, comparable al único Renacimiento, o el giro imponiéndose de sombra y enfriamiento, ¡para nada!, que el destello difiera, continuo: el temple, tan a menudo oculto, se ejerce públicamente, vía deliciosos *masómenos*.

Creo poder discriminar, triplemente, el trato otorgado al cánón hierático del verso — gradualmente.

Esa prosodia, reglas tan breves, por lo demás intratable: ella notifica ese acto de prudencia, tal el hemistiquio, y estatuye el menor esfuerzo, para simular la versificación, al modo de los códigos según los cuales abstenerse de hurtar es la condición de rectitud, ejemplar. Justo lo que no importa aprender; como no haberlo adivinado por sí mismo y de entrada, instituye la inutilidad de, ahí, contrefñirse.

Los fieles del alejandrino, nuestro hexámetro, aflojan interiormente tal rígido y pueril mecanismo, de su medida; la oreja, *quita* de un conteo ficticio, experimenta un placer por discenir, sola, todas las combinaciones posibles de, entre ellos, doce timbres.

Cálese el gusto bien moderno.

Un caso, de ninguna manera el más curioso, intermedio — el que viene.

El poeta de agudo tacto que considera este alejandrino como la joya definitiva, empero, surgiendo, espada, flor, sólo de vez en cuando y con motivo premeditado, toca tal púdicamente o se la juega en torno a, acuerda vecinos acuerdos, antes de darla soberbia y desnuda: dejando su tiento desfallecer contra la undécima sílaba o propagarse, muy a menudo, a una décimotercera. Regnier sobresale en estos acompañamientos, su invención, sé, discreta y orgullosa como el genio que él instauró, y reveladora de la turbulencia transitoria entre los ejecutantes frente el hereditario instrumento. Otra cosa, o simplemente lo contrario, se deja pispar un vil motín, conciente, en la vacancia del viejo molde agotado, cuando Jules Laforgue, comenzando por el comienzo, nos inició en los encantos ciertos de los versos en falso.

Hasta ahora, o tanto en uno como en el otro de los modelos precitados, nada, sino más bien reserva y abandono, a causa del agotamiento por el abuso de la cadencia nacional — cuyo uso, como el de la bandera, ha de seguir siendo excepcional. Con esta particularidad, con todo, graciosa, que tanto infracciones voluntarias como académicas disonancias apelan a nuestra delicadeza, en el lugar que ocupara, hace quince años apenas, el preceptor, que siguiéramos, exasperado, como ante un cierto sacrílego ignaro. Yo diría que la evocación del verso estricto, su memoria, acosa a estos juegos marginales y les otorga ganancias.

Toda la novedad se instala, con respecto al verso libre, no como el siglo XVII se le atribuyó a la fábula o a la ópera (sólo se trataba de un arreglo, sin la estrofa, de los metros más notorios) sino, llamémosle, como se merece, “polimorfo”: y vislumbremos ahora la disolución del número oficial, en lo deseado, al infinito, en tanto se reitere un placer. Tanto una eufonía fragmentada de acuerdo al asentimiento del lector intuitivo, con una ingenua y preciosa justeza — otrora el Sr. Moréas; o bien un gesto, languideciente, de ensoñadera, sobresaltante, de pasión, que acompasa, el Sr. Vielé-Griffin; previamente el Sr. Kahn con una harto sabia notación del valor tonal de las palabras. No doy nombres, hay otros típicos, los de los Srs. Charles Morice, Verhaeren, Dujardin, Mockel y todos, sino como pruebas de mis decires — y a fin de remitir a las publicaciones.

Lo destacable es que por primera vez en la historia literaria de pueblo alguno, conjuntamente con los grandes órganos generales y seculares donde se exalta, en consonancia con un teclado latente, la ortodoxia, cualquiera con su juego y su oído, individuales, puede hacerse de un instrumento, dado que respira, lo roza o golpea con ciencia — a usarlo aparte y, también, dedicarlo a la Lengua.

Una alta libertad, ganada, la más nueva: no veo, y sigue siendo mi intensa opinión, ningún borramiento, de nada que haya sido bello en el pasado; sigo estando convencido que en las amplias ocasiones se obedecerá siempre a la tradición solemne, cuya preponderancia tiene que ver con el genio, clásico: solamente, cuando no haya habido lugar, por una sentimental comilona o por un relato, para molestar a los venerables ecos, lo veremos hacerlo. Toda alma es una melodía, de lo que se trata es de retomarla; y para ello son la flauta o la viola de cada cual.

Brilla tarde una condición cierta o la posibilidad, a mi parecer, no sólo de expresarse, sino también de modularse, a su agrado.

Imperfectas las lenguas, dado que varias, falta la suprema: siendo pensar escribir sin accesorios, ni susurro sino tácita aún la inmortal palabra, la diversidad, en la tierra, de idiomas, a nadie impide pronunciar los vocablos que, o sino se hallarían, por una cuña única, ella misma materialmente la verdad. Esta prohibición, reina expresamente en la naturaleza (nos empeñamos en ello con una sonrisa), que no valga como razón para considerarse Dios — pero, al momento, vuelto a la estética, mi mollera lamenta que el discurso no logre expresar los objetos por pinceladas correspondiendo en colorido y en cariz, los que existen en el instrumento de la voz, entre las lenguas y, a veces, en alguien. Al lado de *sombra*, opaca, *tenebroso* se oscurece poco; qué lata, ante la perversidad que le otorga a *jour* como a *nuit*, contradictoriamente, timbre oscuro allí, claro acá. El deseo de un término de brillante esplendor, o de que se extinga, inverso; en cuanto a alternativas luminosas — *Solamente*, a saber, *no existiría el verso*: él, filosóficamente remunera, la *falta* de las lenguas, enteramente superior.

Arcano extraño — y, de no menores intenciones, brilló la métrica en los tiempos incubatorios.

Que un lote de palabras, ante la comprensión de la mirada, se disponga en distintivos trazos, con lo cual: el silencio.

Si, en el caso francés, invención privada no sobrepasa el legado prosódico, el disgusto estallaría, sin embargo, si un cantor no supiese aparte y a merced de pasos en la infinidad de florcillas galantes, en cualquier parte en que su voz encuentra una notación, coger... La tentativa, hace un momento, ocurrió y, salvo indagaciones eruditas aún en tal sentido, acentuación, etc., anunciadas, sólo conozco un juego, atractivo, se despliega con los fragmentos del antiguo verso advertibles, a eludirlo o descubrirlo, antes que un hallazgo súbito, extranjero, entero. El tiempo que afloja la presión, la forzadura, y se repliega el celo, donde desafinó la escuela. Muy preciosamente: pero, de esta liberación, aún por calibrar, o, mejor, que cada individuo aporte una prosodia, nueva, participando con su aliento — también, claro, alguna ortografía —, la broma ríe a todo dar o inspira el tinglado de los prefaciers. Similitud entre los versos, y viejas proporciones, una regularidad perdurará porque el acto poético consiste de pronto en ver que una idea se fracciona en una cantidad de motivos iguales por valor y en agruparlos — riman: por sello externo, su medida común que aparenta el golpe definitivo.

En el tratamiento, tan interesante, para con la versificación acaecido, de descanso e interregno, yace, menos que en nuestras vírgenes circunstancias mentales, la crisis.

Oír el indiscutible rayo — como algunas trazas doran y rasgan un meandro de melodías: o la Música converge con el Verso para formar, tras Wagner, la Poesía.

No que tal y tal elemento se aparte, con ventaja, hacia una integridad separada triunfante, en tanto concierto mudo si no articula y el poema, enunciador de su comunidad y temple, claree la instrumentación hasta la evidencia bajo el velo, como la elocución desciende por la tarde de las sonoridades. Lo moderno de los meteoros, la sinfonía, a voluntad o a espaldas del músico, se aproxima al pensamiento — el cual no sólo se autoriza de la expresión corriente.

Cierta explosión del Misterio en todos los cielos de su impersonal magnificencia, donde la orquesta no debía influir el esfuerzo antiguo que, durante mucho tiempo, la pretendía traducir por la boca, únicamente, de la raza.

Índice doble consecuente —

Decadente, Mística, las Escuelas se declaran o etiquetan a la rápida en nuestra prensa informativa; adoptan, como lugar de encuentro, el punto de un Idealismo que (análogamente a las fugas, a las sonatas) evita los materiales naturales y, como brutal, que un exacto pensamiento los ordene — para no retener sino lo sugerente. Instituir una relación entre las imágenes exacta, y que de tal se desprenda un tercer aspecto fusible y claro presentado a la adivinación... Abolida,

la pretensión, estéticamente un error, pese a que rija las obras maestras, de incluir en el sutil papel del volumen otra cosa que, por ejemplo, el horror del bosque, o el trueno mudo disperso en el follaje — y no la madera intrínseca y densa de los árboles. Algunos arrojos del íntimo orgullo verídicamente publicitados despiertan la arquitectura del palacio, el único habitable — fuera de toda piedra, con que las páginas se cerrarían mal.

“Los monumentos, el mar, el rostro humano, en su plenitud, nativos, conservando una virtud singularmente atrayente tal que no los vela una descripción, evocación, dichas, *alusión, sé, sugerencia*: esta terminología algo azarosa atestigua la tendencia, una decisiva, harto, tal vez, que experimentara el arte literario, la delimita y la exceptúa. Su sortilegio, el suyo, si no es liberar, fuera de un puñado de polvo o realidad sin cercarla, para el libro, incluso como texto, la dispersión volátil o el espíritu, que nada tiene que ver, salvo, con la musicalidad de todo.” [pasaje de *La Musique et les Lettres*]

Hablar tiene relación con la realidad de las cosas sólo comercialmente: en literatura, tal se contenta con hacerle una alusión o distraer su calidad que algún día incorporará.

Con esa condición se eleva el canto, no más un gozo aligerado.

Esta perspectiva, la llamo Transposición — Estructura, otra.

La obra pura implica la desaparición elocutoria del poeta, que cede la iniciativa a las palabras, por el contraste de su igualdad, movilizadas; se iluminan con recíprocos reflejos como una virtual estela de fuego sobre preciosas piedras, reemplazando la respiración perceptible en el antiguo aliento lírico o la dirección personal entusiasta de la frase.

Una disposición del libro de verso despunta innata o en todo lugar, elimina el azar; se la requiere aún, para omitir al autor: ahora bien, un sujeto, fatal, implica, entre los fragmentos juntos, tal acuerdo con respecto al lugar, en el volumen, que corresponde. Susceptibilidad dado que la voz posee un eco — motivos del mismo juego se equilibrarán, balanceados, a distancia, ni el sublime incoherente de la paginación romántica ni esa unidad artificial, antiguamente, a la medida, en bloque, del libro. Todo se vuelve suspenso, disposición fragmentaria con alternancia y cara a cara, concurriendo al ritmo total, tal sería el poema callado, en los blancos — únicamente traducido, de un modo, uno, por cada deriva. Instinto, quiero, columbrado para publicaciones y, si tal tipo, no permanece como exclusivo de complementarios, la juventud, por esta vez, en poesía, donde se impone una fulminante y armoniosa plenitud, tartamudó el mágico concepto de Obra. Cierta simetría, paralelamente, que, de la situación de los versos en la pieza, se liga a la autenticidad de la pieza en el volumen, hurta, además del volumen, inscribiendo a varios, en el espacio espiritual, la rúbrica amplificadora del genio, anónimo y perfecto como una existencia de arte.

Quimera, haberlo pensado, atestigua, en el reflejo de sus escamas, cuánto el presente ciclo, o último cuarto de siglo, experimenta tal relámpago absoluto — cuyo apuntalamiento de aguacero en mis cristales despeja el trastorno rutilante, hasta iluminar éste — que, más menos, todos los libros contienen la fusión de algunas contadas repeticiones: incluso entonces sería sólo uno — en el mundo, su ley —, biblia como la simulan las naciones. La diferencia, de una obra a otra, ofreciendo tantas lecciones propuestas en un inmenso concurrir en pos del texto verídico, entre las edades llamadas civilizadas o — letradas.

Por cierto, nunca me siento en las graderías de los conciertos sin catear entre la oscura sublimidad tal bosquejo de alguno de los poemas inmanentes a la humanidad o a su original estado, tanto más comprensible cuanto callado y que para determinar su vasta línea el compositor experimentó esa facilidad de suspender hasta la tentación de explicarse. Yo me figuro por un, sin duda, indarraigable prejuicio de escritor, que nada queda sin ser proferido; que estamos en ello, precisamente, indagando, ante un quiebre de los grandes ritmos literarios (del que se ha hecho alusión más arriba) y su desperdigamiento en articulados estremecimientos cercanos a la instrumentación, un arte de finalizar la trasposición, al Libro, de la sinfonía o lisa y llanamente de retomar lo nuestro: pues no es de las sonoridades elementales de los cobres, cuerdas, maderos, innegablemente, sino de la intelectual palabra en su apogeo que ha, con plenitud y evidencia, de provenir, en tanto conjunto de las relaciones existentes en el todo, la Música.

Un deseo innegable en mi tiempo es separar, como en vistas a atribuciones diferentes, la doble estancia de la palabra, brutal o inmediata aquí, por ahí esencial.

Narrar, enseñar, describir incluso, ocurre y aún que a cada uno le bastaría tal vez para intercambiar pensamiento humano, tomar o poner en la mano de otro, en silencio, una moneda, el empleo elemental del discurso desengasta el universal *reportaje* que, exepuada la literatura, comparte todo entre los géneros de los escritos contemporáneos.

¿A qué tanto, a fin de cuentas, la maravilla de trasponer un hecho de natura en su, casi, desaparición vibratoria, según el juego de la palabra, con todo, si no para que de ello emane, sin la molestia de un próximo o concreto llamamiento, la noción pura?

Yo digo: ¡una flor!, y, fuera del olvido en que mi voz relega algún contorno, en tanto que otra cosa que los cálices consabidos, musicalmente se eleva, idea incluso y suave, lo ausente de todo *bouquet*.

Al contrario de una función de numerario fácil y representativo, como lo trata de entrada la multitud, el decir, antes que nada sueño y canto, reencuentra en el Poeta, por necesidad constitutiva de un arte consagrado a las ficciones, su virtualidad.

El verso que, de más de un vocablo, recompone un término total, nuevo, ajeno a la lengua y como encantatorio, acaba con este aislamiento de la palabra: negando, por un rasgo soberano, el azar demorado en cada término, pese al artificio de su retemple alternado en el sentido y la sonoridad, y les (os) causa esta sorpresa de no haber oído jamás tal pasaje ordinario de elocución, al mismo tiempo que la reminiscencia del objeto nombrado chapotea en una atmósfera nueva.

CRISE DE VERS

Tout à l'heure, en abandon de geste, avec la lassitude que cause le mauvais temps désespérant une après l'autre après-midi, je fis retomber, sans une curiosité mais ce lui semble avoir lu tout voici vingt ans, l'effilé de multicolores perles qui plaque la pluie, encore, au chatolement des brochures dans la bibliothèque. Maint ouvrage, sous la verroterie du rideau, alignera sa propre scintillation : j'aime comme en le ciel mûr, contre la vitre, à suivre des lueurs d'orage.

Notre phase, récente, sinon se ferme, prend arrêt ou peut-être conscience : certaine attention dégage la créatrice et relativement sûre volonté.

Même la presse, dont l'information veut les vingt ans, s'occupe du sujet, tout à coup, à date exalte.

La littérature ici subit une exquise crise, fondamentale.

Qui accorde à cette fonction une place ou la première, reconnaît, là, le fait d'actualité : on assiste, comme finale d'un siècle, pas ainsi que ce fut dans le dernier, à des bouleversements ; mais, hors de la place publique, à une inquiétude du voile dans le temple avec des plis significatifs et un peu sa déchirure.

Un lecteur français, ses habitudes interrompues à la mort de Victor Hugo, ne peut que se déconcerter. Hugo, dans sa tâche mystérieuse, rabattit toute la prose, philosophie, éloquence, histoire au vers, et, comme il était le vers personnellement, il confisqua chez qui pense, discours ou narre, presque le droit à s'énoncer. Monument en ce désert, avec le silence loin ; dans une crypte la divinité ainsi d'une majestueuse idée inconsciente, à savoir que la forme appelée vers est simplement elle-même la littérature ; que vers il y a sitôt que s'accroît la diction, rythme dès que style. Le vers, je crois, avec respect attendit que le géant qui l'identifiait à sa main tenace et plus ferme toujours de forgeron, vînt à manquer ; pour, lui, se rompre. Toute la langue, ajustée à la métrique, y recouvrant ses coupes vitales, s'évade, selon une libre disjonction aux mille éléments simples ; et, je l'indiquerai, pas sans similitude avec la multiplicité des cris d'une orchestration, qui reste verbale.

La variation date de là : quoique en dessous et d'avance inopinément préparée par Verlaine, si fluide, revenu à de primitives épellations.

Témoin de cette aventure, où l'on me voulut un rôle plus efficace quoiqu'il ne convient à personne, j'y dirigeai, au moins, mon fervent intérêt, et il se fait temps d'en parler, préférablement à distance ainsi que ce fût presque anonyme.

Accordez que la poésie française, en raison de la primauté dans l'enchantement donnée à la rime, pendant l'évolution jusqu'à nous, s'atteste intermittente : elle brille un laps ; l'épuise et attend. Extinction, plutôt usure à montrer la trame, redites. Le besoin de poétiser, par opposition à des circonstances variées fait, maintenant, après un des orgiaques excès périodiques de presque un siècle comparable à l'unique Renaissance, ou le tour s'imposant de l'ombre et du refroidissement, pas du tout ! que l'éclat diffère, continue : la retrempe, d'ordinaire cachée, s'exerce publiquement, par le recours à de délicieux à-peu-près.

Je crois départager, sous un aspect triple, le traitement apporté au canon hiératique du vers ; en graduant.

Cette prosodie, règles si brèves, intraitable d'autant elle notifie tel acte de prudence, dont l'hémistiche, et statue du moindre effort pour simuler la versification, à la manière des codes selon quoi s'abstenir de voler est la condition par exemple de droiture. juste ce qu'il n'importe d'apprendre ; comme ne pas l'avoir deviné par soi et d'abord, établit l'inutilité de s'y contraindre.

Les fidèles à l'alexandrin, notre hexamètre, desserrent intérieurement ce mécanisme rigide et puéril de sa mesure ; l'oreille, affranchie d'un compteur factice, connaît une jouissance à discerner, seule, toutes les combinaisons possibles, entre eux, de douze timbres.

Jugez le goût très moderne.

Un cas, aucunement le moins curieux, intermédiaire ; - que le suivant.

Le poète d'un tact aigu qui considère cet alexandrin toujours comme le joyau définitif, mais à ne sortir, épée, fleur, que peu et selon quelque motif prémédité, y touche comme pudiquement ou se joue à l'entour, il en octroie de voisins accords, avant de le donner superbe et nu laissant son doigté défaillir contre la onzième syllabe ou se propager jusqu'à une treizième maintes fois. M. Henri de Régnier excelle à ces accompagnements, de son invention, je sais, discrète et fière comme le génie qu'il instaura et révélatrice du trouble transitoire chez les exécutants devant l'instrument héréditaire. Autre chose ou simplement le contraire, se décèle une mutinerie, exprès, en la vacance du vieux moule fatigué, quand Jules Laforgue, pour le début, nous initia au charme certain du vers faux.

Jusqu'à présent, ou dans l'un et l'autre des modèles précités, rien, que réserve et abandon, à cause de la lassitude par abus de la cadence nationale ; dont l'emploi, ainsi que celui du drapeau, doit demeurer exceptionnel. Avec cette particularité toutefois amusante que des infractions volontaires ou de savantes

dissonances en appellent à notre délicatesse, au lieu que se fût, il y a quinze ans à peine, le pédant, que nous demeurions, exaspéré, comme devant quelque sacrilège ignare ! Je dirai que la réminiscence du vers strict hante ces jeux à côté et leur confère un profit.

Toute la nouveauté s'installe, relativement au vers libre, pas tel que le XVII^e siècle l'attribua à la fable ou l'opéra (ce n'était qu'un agencement, sans la strophe, de mètres divers notoires) mais, nommons-le, comme il sied, " polymorphe " : et envisageons la dissolution maintenant du nombre officiel, en ce qu'on veut, à l'infini, pourvu qu'un plaisir s'y réitère. Tantôt une euphonie fragmentée selon l'assentiment du lecteur intuitif, avec une ingénue et précieuse justesse M. Moréas ; ou bien un geste, alangui, de songerie, sursautant, de passion, qui scande - M. Viélé-Griffin ; préalablement M. Kahn avec une très savante notation de la valeur tonale des mots. Je ne donne de noms, il en est d'autres typiques, ceux de MM. Charles Morice, Verhaeren, Dujardin, Mockel et tous, que comme preuve à mes dires ; afin qu'on se reporte aux publications.

Le remarquable est que, pour la première fois, au cours de l'histoire littéraire d'aucun peuple, concurremment aux grandes orgues générales et séculaires, où s'exalte, d'après un latent clavier, l'orthodoxie, quiconque avec son jeu et son ouïe individuels se peut composer un instrument, dès qu'il souffle, le frôle ou frappe avec science ; en user à part et le dédier aussi à la Langue.

Une haute liberté d'acquise, la plus neuve : je ne vois, et ce reste mon intense opinion, effacement de rien qui ait été beau dans le passé, je demeure convaincu que dans les occasions amples on obéira toujours à la tradition solennelle, dont la prépondérance relève du génie classique : seulement, quand n'y aura pas lieu, à cause d'une sentimentale bouffée ou pour un récit, de déranger les échos vénérables, on regardera à le faire. Toute âme est une mélodie, qu'il s'agit de renouer ; et pour cela, sont la flûte ou la viole de chacun.

Selon moi jaillit tard une condition vraie ou la possibilité, de s'exprimer non seulement, mais de se moduler, à son gré.

Les langues imparfaites en cela que plusieurs, manque la suprême : penser étant écrire sans accessoires, ni chuchotement mais tacite encore l'immortelle parole, la diversité, sur terre, des idiomes empêche personne de proférer les mots qui, sinon se trouveraient, par une frappe unique, elle-même matériellement la vérité. Cette prohibition sévit expresse, dans la nature (on s'y bute avec un sourire) que ne vaille de raison pour se considérer Dieu ; mais, sur l'heure, tourné à de l'esthétique, mon sens regrette que le discours défaille à exprimer les objets par des touches y répondant en coloris ou en allure, lesquelles existent dans l'instrument de la voix, parmi les langages et quelquefois chez un. A côté d'ombre, opaque, ténèbres se fonce peu ; quelle déception, devant la perversité conférant à jour comme à nuit, contradictoirement, des timbres obscur ici, là clair. Le souhait d'un

terme de splendeur brillant, ou qu'il s'éteigne, inverse ; quant à des alternatives lumineuses simples - Seulement, sachons n'existerait pas le vers : lui, philosophiquement rémunère le défaut des langues, complément supérieur.

Arcane étrange ; et, d'intentions pas moindres, a jailli la métrique aux temps incubatoires.

Qu'une moyenne étendue de mots, sous la compréhension du regard, se range en traits définitifs, avec quoi le silence.

Si, au cas français, invention privée ne surpasse le legs prosodique, le déplaisir éclaterait, cependant, qu'un chanteur ne sût à l'écart et au gré de pas dans l'infinité des fleurettes, partout où sa voix rencontre une notation, cueillir... La tentative, tout à l'heure, eut lieu et, à part des recherches érudites en tel sens encore, accentuation, etc., annoncées, je connais qu'un jeu, séduisant, se mène avec les fragments de l'ancien vers reconnaissables, à l'éluder ou le découvrir, plutôt qu'une subite trouvaille, du tout au tout, étrangère. Le temps qu'on desserre les contraintes et rabatte le zèle, où se faussa l'école. Très précieusement : mais, de cette libération à supputer davantage ou, pour de bon, que tout individu apporte une prosodie, neuve, participant de son souffle - aussi, certes, quelque orthographe - la plaisanterie rit haut ou inspire le tréteau des préfaciers. Similitude entre les vers, et vieilles proportions, une régularité durera parce que l'acte poétique consiste à voir soudain qu'une idée se fractionne en un nombre de motifs égaux par valeur et à les grouper ; ils riment : pour sceau extérieur, leur commune mesure qu'apparente le coup final.

Au traitement, si intéressant, par la versification subi, de repos et d'interrègne, gît, moins que dans nos circonstances mentales vierges, la crise.

Oùir l'indiscutable rayon - comme des traits dorent et déchirent un méandre de mélodies : ou la Musique rejoint le Vers pour former, depuis Wagner, la Poésie.

Pas que l'un ou l'autre élément ne s'écarte, avec avantage, vers une intégrité à part triomphant, en tant que concert muet s'il n'articule et le poème, énonciateur de leurs communauté et retrempe, éclaire l'instrumentation jusqu'à l'évidence sous le voile, comme l'élocution descend au soir des sonorités. Le moderne des météores, la symphonie, au gré ou à l'insu du musicien, approche la pensée ; qui ne se réclame plus seulement de l'expression courante.

Quelque explosion du Mystère à tous les cieux de son impersonnelle magnificence, où l'orchestre ne devait pas ne pas influencer l'antique effort qui le prétendit longtemps traduire par la bouche seule de la race.

Indice double conséquent -

Décadente, Mystique, les Écoles se déclarant ou étiquetées en hâte par notre presse d'information, adoptent, comme rencontre, le point d'un Idéalisme qui (pareillement aux fugues, aux sonates) refuse les matériaux naturels et, comme brutale, une pensée exalte les ordonnant ; pour ne garder de rien que la suggestion.

Instituer une relation entre les images exalte, et que s'en détache un tiers aspect fusible et clair présenté à la divination... Abolie, la prétention, esthétiquement une erreur, quoiqu'elle régît les chefs-d'oeuvre, d'inclure au papier subtil du volume autre chose que par exemple l'horreur de la forêt, ou le tonnerre muet épars au feuillage ; non le bois intrinsèque et dense des arbres. Quelques jets de l'intime orgueil véridiquement trompés éveillent l'architecture du palais, le seul habitable ; hors de toute pierre, sur quoi les pages se refermeraient mal.

“Les monuments, la mer, la face humaine, dans leur plénitude, natifs, conservant une vertu autrement attrayante que ne les voilera une description, évocation dites, allusion je sais, suggestion : cette terminologie quelque peu de hasard atteste la tendance, une très décisive, peut-être, qu'ait subie l'art littéraire, elle le borne et l'exempte. Son sortilège, à lui, si ce n'est libérer, hors d'une poignée de poussière ou réalité sans l'enclorre, au livre, même comme texte, la dispersion volatile soit l'esprit, qui n'a que faire de rien outre la musicalité de tout.” [*La Musique et les Lettres*]

Parler n'a trait à la réalité des choses que commercialement : en littérature, cela se contente d'y faire une allusion ou de distraire leur qualité qu'incorporera quelque idée.

A cette condition s'élançait le chant, qu'une joie allégée.

Cette visée, je la dis Transposition - Structure, une autre.

L'oeuvre pure implique la disparition élocutoire du poète, qui cède l'initiative aux mots, par le heurt de leur inégalité mobilisés ; ils s'allument de reflets réciproques comme une virtuelle traînée de feux sur des pierreries, remplaçant la respiration perceptible en l'ancien souffle lyrique ou la direction personnelle enthousiaste de la phrase.

Une ordonnance du livre de vers poind innée ou partout, élimine le hasard ; encore la faut-il, pour omettre l'auteur : or, un sujet, fatal, implique, parmi les morceaux ensemble, tel accord quant à la place, dans le volume, qui correspond. Susceptibilité en raison que le cri possède un écho - des motifs de même jeu s'équilibreront, balancés, à distance, ni le sublime incohérent de la mise en page romantique ni cette unité artificielle, jadis, mesurée en bloc au livre. Tout devient suspens, disposition fragmentaire avec alternance et vis-à-vis, concourant au rythme total, lequel serait le poème tu, aux blancs ; seulement traduit, en une manière, par chaque pendentif. Instinct, je veux, entrevu à des publications et, si le type supposé, ne reste pas exclusif de complémentaires, la jeunesse, pour cette fois, en poésie où s'impose une foudroyante et harmonieuse plénitude, bégaya le magique concept de l'Oeuvre Quelque symétrie, parallèlement, qui, de la situation des vers en la pièce se lie à l'authenticité de la pièce dans le volume, vole, outre le volume, à plusieurs inscrivant, eux, sur l'espace spirituel, le paraphe amplifié du génie, anonyme et parfait comme une existence d'art.

Chimère, y avoir pensé atteste, au reflet de ses squames, combien le cycle présent, ou quart dernier de siècle, subit quelque éclair absolu - dont l'échevèlement d'ondée à mes carreaux essuie le trouble ruisselant, jusqu'à illuminer ceci - que, plus ou moins, tous les livres, contiennent la fusion de quelques redites comptées même il n'en serait qu'un - au monde, sa loi - bible comme la simulent des nations. La différence, d'un ouvrage à l'autre, offrant autant de leçons proposées dans un immense concours pour le texte véridique, entre les âges dits civilisés ou - lettrés.

Certainement, je ne m'assieds jamais aux gradins des concerts, sans percevoir parmi l'obscur sublimité telle ébauche de quelqu'un des poèmes immanents à l'humanité ou leur originel état, d'autant plus compréhensible que tu et que pour en déterminer la vaste ligne le compositeur éprouva cette facilité de suspendre jusqu'à la tentation de s'expliquer. Je me figure par un indéracinable sans doute préjugé d'écrivain, que rien ne demeurera sans être proféré ; que nous en sommes là, précisément, à rechercher, devant une brisure des grands rythmes littéraires (il en a été question plus haut) et leur éparpillement en frissons articulés proches de l'instrumentation, un art d'achever la transposition, au Livre, de la symphonie ou uniment de reprendre notre bien car, ce n'est pas de sonorités élémentaires par les cuivres, les cordes, les bois, indéniablement mais de l'intellectuelle parole à son apogée que doit avec plénitude et évidence, résulter, en tant que l'ensemble des rapports existant dans tout, la Musique.

Un désir indéniable à mon temps est de séparer comme en vue d'attributions différentes le, double état de la parole, brut ou immédiat ici, là essentiel.

Narrer, enseigner, même décrire, cela va et encore qu'à chacun suffirait peut-être pour échanger la pensée humaine, de prendre ou de mettre dans la main d'autrui en silence une pièce de monnaie, l'emploi élémentaire du discours dessert l'universel reportage dont, la littérature exceptée, participe tout entre les genres d'écrits contemporains.

A quoi bon la merveille de transposer un fait de nature en sa presque disparition vibratoire selon le jeu de la parole, cependant ; si ce n'est pour qu'en émane, sans la gêne d'un proche ou concret rappel, la notion pure.

Je dis : une fleur ! et, hors de l'oubli où ma voix relègue aucun contour, en tant que quelque chose d'autre que les calices sus, musicalement se lève, idée même et suave, l'absente de tous bouquets.

Au contraire d'une fonction de numéraire facile et représentatif, comme le traite d'abord la foule, le dire, avant tout, rêve et chant, retrouve chez le Poète, par nécessité constitutive d'un art consacré aux fiions, sa virtualité.

Le vers qui de plusieurs vocables refait un mot total, neuf, étranger à la langue et comme incantatoire, achève cet isolement de la parole : niant, d'un trait

souverain, le hasard demeuré aux termes malgré l'artifice de leur retrempe alternée en le sens et la sonorité, et vous cause cette surprise de n'avoir ouï jamais tel fragment ordinaire d'élocution, en même temps que la réminiscence de l'objet nommé baigne dans une neuve atmosphère.